

## EL MIEDO

más... Y la que hemos sufrido los varones es incomparablemente menor que la que han experimentado las hembras: asesinadas por sus padres y esposos, encerradas en conventos espantosos, arrojadas de sus casas, destinadas a la prostitución cuando tenían lo que se llamaba «un desliz»: golpeadas, vigiladas siempre, prisioneras en sus casas... Hasta convertirlas en seres fríos o taimados, hipócritas, vengativos... No le extraña a usted que cuando estalla el feminismo esté repleto de agresividades o de injusticias; como no le puede extrañar que cuando gana una revolución comience con toda clase de errores, porque los que la han ganado han sido educados durante siglos para no saber gobernar, dirigir, organizar... ¿Qué quiere usted que pase en el Irán, si no es un caos?

Imbécil, pensé de mí mismo. Este psiquiatra es un imbécil y un mal psiquiatra: nada de lo que le diga al supuesto paciente le puede ayudar, le puede servir, porque no le va a sacar de lo que está viviendo. Ni yo tengo porque contarle mi propia versión del mundo; ni tengo por qué volverme, ahora, su antagonista. Sobre todo, porque no tengo ninguna certidumbre de que lo que le estoy diciendo sea cierto, porque en muchas cosas yo mismo pienso como él. Le estoy colocando un sermón, una clase, y él no necesita eso. Hay que dar un paso atrás.

—Bueno, no es exactamente esto que le estoy diciendo lo que realmente importa: estoy asumiendo un papel, usted me comprende bien, para explicarle que sus puntos de vista no son enteramente válidos, y que cada cosa puede examinarse desde ángulos y puntos de vista muy distintos. No importa cuál sea la verdad, porque no hay verdad absoluta. Quiero, simplemente, decirle que no hay necesidad de separar enteramente lo bueno de lo malo, y atribuir lo bueno a una época y lo malo a otra...

Cada vez peor. No, no lo quiero como paciente. No quiero como pacientes a las personas que me puedan reflejar; no quiero como pacientes a personas que a lo que aspiran es a que cure la época y no a ellos. A que les quite una vez que no les puedo quitar...

—¿Y por qué cree usted que estoy aquí? —me replica, con sosiego—. Estoy aquí precisamente porque sé que no tengo razón. Porque sé al mismo tiempo que no hay verdades absolutas y porque quiero que haya verdades absolutas, y eso me desgarran y se me convierte en algo insostenible. Porque veo el fin del mundo, y sé que no viene el fin del mundo. Porque tengo miedo, simplemente miedo...

—Sería mejor, quizá, que pasásemos de estos grandes temas a su caso

personal, a su vida diaria, a sus conflictos...

Hace un gesto displicente, teñido de ese desaliento que forma parte ya, y quizá para siempre, de él mismo, de su esencia y de su existencia.

—Es igual, apenas vale la pena. Podría contarle a usted cuántas veces hago el simulacro del amor, cuántas veo el aburrimiento y la tristeza en los ojos de mi compañera; cuántas veces me equivoco en mi trabajo y cuántas dejo pasar la equivocación porque me angustia que al rectificarla cometa otra peor... Le podría hacer un mapa de mi cuerpo y señalarle los vagos dolores que lo recorren: unas veces es una rodilla y otras el corazón, muchas mañanas es una mano como peluda y de largas uñas que me agarra el estómago y me hace devolver el desayuno... Le podría contar lo que son las horas en la soledad de la casa, o el despego de los demás cuando paseo por la calle. Pero, ¿para qué le voy a contar cosas que usted está obligado a saber? Lo que quiero, doctor, es una píldora. Yo, como le he dicho, nací en la época en que se creía en la píldora: «Se administra en píldoritas», decían los cantables, antes de corear cómo es una barbaridad lo que adelantan las ciencias...

Miré el reloj de reojo. Ya hay otro paciente esperando. Ojalá sea un alcohólico, un drogadicto, un enfermo de celos. Con esos no me comprometo más de lo debido: sé cómo manejarlos. No me proyecto yo mismo. Por favor, que no sea como éste, porque no tiene remedio, no tenemos remedio. Dudo entre decirse así: es lo suficientemente inteligente como para comprenderlo; o si darle algo. Opto por el final.

—Usted es lo suficientemente inteligente como para comprender que no está realmente enfermo, ni mucho menos loco. Hay un mal funcionamiento de la adrenalina, eso sí; convendría contrarrestarla de alguna forma. Hay bastantes posibilidades. No deje usted, sin embargo, de analizarse a sí mismo...

Extiendo la receta. Algunas testosteronas, vitaminas con ginseng, un ansiolítico, algo para que duerma tranquilo y sin pesadillas... Poco más que un tratamiento geriátrico. Me da la mano—una mano seca, un poco dura: todavía no se le ha ablandado, no se le ha empezado a fundir—; veo su decepción en el fondo de los ojos, todavía fosforescentes—si no lo fueran tanto, estaría salvado—; le acompaño a la puerta...

La enfermera pasa al otro paciente. Un hombre delgado, anguloso, con toques juveniles en el traje, con los ojos brillantes. Apenas se sienta, comienza:

—Verá usted, doctor, hace unos meses soñé con el fin del mundo... ■ P.

## EL TERROR

La vida es una aventura que siempre acaba mal, en un entierro de segunda, si hay suerte. Frente a este principio general el pesimismo es una moral de combate, una salida honorable y una estética. Puede que el pesimista sea un tipo sombrío que ciertamente no constituye el compañero ideal en el asiento del avión o en una merienda campestre, pero nunca es un hortera. Plantearse la vida como un desastre intrínseco, incluso viste mucho. La desgracia ontológica posee la elegancia del traje gris, que siempre se lleva. En cambio el optimista tiene esa alegría radiofónica de cabalgata fin de semana, una filosofía de locutor que desea venderte la mejor lavadora del mundo con grandes facilidades. Sentadas estas bases cabe preguntarse qué es más creativo, la esperanza o el miedo, qué es más objetiva la depresión o la euforia.

Hoy existe en el corazón del hombre un terror metafísico que se deriva de su propio poder. Dios creó el mundo en siete días y el hombre tiene el íntimo orgullo de ser capaz de destruirlo en siete horas. La apoteosis atómica es la respuesta por parte de los descendientes de Adán a su expulsión del paraíso. Francamente Dios dejó a Prometeo muy mal encadenado en el este del Edén y la destrucción general, el espectacular fin de fiesta, trabaja día y noche en el interior del ser humano como una escapatória o como un vértigo diabólico. Cualquier político cow-boy puede bajar hoy la palanca y convertir nuestra existencia en pura metafísica, a 10.000 kilómetros de distancia.

Por otra parte el milenario ha comenzado la cuenta atrás. Oyes a cualquier profeta de Amsterdam, visionario de Nueva York, maestro de Calcuta, oráculo de Tetuán o sibila del Rastro y todos coinciden. El horizonte del terror cósmico lo señalan para el año 1983. En esa fecha Dios dará el gran golpe de Estado. Estamos emplazados. Se conjugan no sé qué constelaciones con las profecías de Nostradamus, coincide el cálculo de álgebra astral con ciertos secretos nunca revelados que estaban sellados en la biblioteca de Alejandría. El caso es que en 1983 los Hare Krisnas, los dulces hijos de Ganimedes y los premios del guru Mahara ji esperan ver

# RROR DE 1983

MANUEL VICENT

por el cielo abierto bajar el carro de fuego que los arrebatará y los pondrá a salvo en el anillo de Júpiter y tan pronto esté terminada esta operación de rescate, el apartado del trigo y la cizaña, se descargarán sobre el cráneo de la humanidad los biceps de Dios.

Mientras eso llega, no estará de más recordar que el hombre, por su cuenta, es el animal más feroz, el más gratuitamente sanguinario del zoológico, el único que comparte con las ratas el privilegio de matar con sumo placer a los seres de su misma especie. Cierto que los hombres todavía cometen entre ellos algunos actos de ingenua confianza y se abandonan fraternalmente a las decisiones del prójimo. Por ejemplo, en una barbería aún se puede ver el espectáculo del caballero que se sienta en el sillón, pone su yugular a merced del barbero y se duerme esperando que la navaja pasará cincuenta veces por el cuello y a los diez minutos se despertará afeitado y no degollado. Soy de la opinión de que el ser humano se está purificando cada día más, lo mismo en el amor que en la perfidia. Hace algunos años sonreías en la plaza o en el mercado y si alguien te veía una muela de oro, estabas sentenciado. Hoy nadie mata ya por robar una dentadura postiza. El hombre moderno ha conquistado el derecho a no morir burdamente. El horno crematorio comienza a ser contemplado con horror precisamente por su bastedad. ¿Quién sería capaz de tomar un té con pastas mientras humeara la chimenea de la casamata frente a la terraza del puesto de mando en el campo de concentración? El hombre evoluciona hacia el refinamiento en el amor con sus filtros sofisticados y en la muerte con su asepsia matemática. También el miedo se ha hecho más sutil.

Todo el mundo tiene miedo, pero nadie sabe en realidad qué teme o a quién se teme. Se teme a todo. Es realmente el pánico. Pan era en Grecia el dios de la naturaleza, el dios del todo. Para tener la experiencia de ser poseído por este genio habría que entrar confiadamente en un bosque, caminar acompañado primero por el canto de las aves, adentrarse más en la selva hasta oír sólo ruidos inconcretos y el soplo de la brisa en el

lóbulo de la oreja y perderse hasta no sentir ya nada. De pronto esa sensación de soledad y extravío, el silencio absoluto de la naturaleza te invade, se convierte en un escalofrío y te entra

pánico. Esa estampida que se produce en el interior es la visita del dios Pan.

Existe también un pánico político, social y económico, que se reproduce en el silencio del gran ruido indus-



trial. No se puede entender la economía ni la política sin estar consciente de esa sensación de terror metafísico o religioso, totalmente irracional, que mueve a la humanidad. Se podría bajar a los ejemplos cotidianos. La derecha teme a la izquierda, la izquierda teme a la derecha a pesar de que se ven cada tarde en el club, el golpe de Estado flota como una parafina sobre nuestra futura memoria, las próximas elecciones pueden destapar la caja de Pandora, el horizonte de 1983, que los profetas herbívoros auguraban como final del mundo no era otra cosa que la llegada del socialismo a España, el secreto de Fátima, esto es, la solución de la charada ibérica resulta que era Felipe González. Bien, el miedo es el origen de la violencia y la violencia genera más miedo todavía. Así sucesivamente.

Si se aislara el virus de estas postimerías adelantadas que estamos viviendo, el terror del segundo milenario, tal vez se vería que esa metafísica vaticinada para 1983 es algo muy concreto y rudimentario. En las próximas elecciones pueden ganar fácilmente los socialistas y eso puede precipitar un golpe de Estado. Lo que sucede es que la derecha esta relación de causalidad se la atribuye a Dios y los gurus a los astros. ■